



Emma y la piedra luminosa

Hace mucho tiempo, cuando los pájaros tenían dientes y las estrellas podían tocarse con la punta de los dedos, vivía una niña valiente llamada Emma. Tenía el cabello dorado como el trigo maduro y una sonrisa capaz de iluminar hasta el bosque más oscuro. Era feliz en su pueblo, pero su corazón deseaba aventuras y misterios como los que solo podían encontrarse en los lugares más encantados del mundo.

Una mañana, mientras exploraba el bosque cercano, llegó a un claro donde las flores brillaban con luces de vivos colores y el aire estaba lleno de magia. En el centro vio a una pequeña hada con alas que parecían tejidas con hilos de luz. Se llamaba Lila y llevaba un vestido hecho de pétalos de rosa y gotas de rocío.

Lila la saludó con una voz que sonaba como campanillas al viento.

—Bienvenida, Emma, al claro de las maravillas. Nuestro mundo está en peligro. Los gnomos mágicos de la montaña han perdido su tesoro más preciado: una piedra luminosa que alimenta su alegría y su optimismo.

Emma se ofreció a ayudar sin dudarlo.

—¿Qué puedo hacer para recuperar ese tesoro?



Con una sonrisa agradecida, Lila la condujo por un sendero oculto entre los árboles, hasta lo más profundo del bosque, donde las sombras jugaban a parecer fantasmas.

Después de caminar durante horas llegaron a la montaña de los gnomos. Aquellos pequeños seres, con gorros puntiagudos y ojos brillantes como estrellas, recibieron a Emma con cautela. Pero al comprobar sus ganas sinceras de ayudar, la acogieron con los brazos abiertos.

—Un viejo dragón que vive en la cueva del norte robó la piedra —explicó su jefe, un anciano con un gorro más alto que él—. No comparte con nadie ni su alegría ni sus tesoros.

Llena de valor, Emma partió hacia la cueva con Lila y un pequeño grupo de gnomos valientes. Dentro reinaba la oscuridad y el aire era frío como el hielo. Pero, con el corazón lleno de bondad y esperanza, Emma no se dejó vencer por el miedo.

Al fin encontraron al dragón vigilando la piedra. Sus ojos desprendían un resplandor oscuro.

—Señor dragón —dijo Emma con voz firme y amable—, he venido a pedirle que devuelva la piedra a los gnomos. Sin ella pierden su alegría y el mundo se vuelve más oscuro.

Acostumbrado al miedo y no a la bondad, el dragón se sorprendió. En su corazón empezó a encenderse una luz tenue que no sentía desde hacía siglos. Con un suave gruñido, soltó la piedra y se la entregó.

—Que tu bondad sea la luz que guíe mi camino desde ahora —murmuró.



Emma y sus nuevos amigos regresaron a la montaña y colocaron la piedra en su lugar de honor. Los gnomos bailaron y cantaron. Su alegría llenó el aire, y hasta las estrellas parecieron brillar un poco más aquella noche.

Emma volvió a su pueblo sabiendo que su bondad y su optimismo habían hecho del mundo un lugar mejor. Su aventura enseñó a todos que la bondad podía vencer a la oscuridad y que un corazón lleno de esperanza podía cambiar incluso los destinos más sombríos.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.